

PALAZUELOS

Villa medieval y con encanto que conserva intacto e inalterado cada rincón de sus solitarias y estrechas calles. Está situada en la falda del monte de Palazuelos y enclavada en el valle del arroyo Vadillo, del que emana el agua que va a desembocar en la fuente de los siete caños cercana a la puerta de la villa y de la iglesia parroquial. Palazuelos llega a conocerse también como la Ávila alcarreña, copia en miniatura de la ciudad castellana, rodeada por completo por un recinto amurallado y vigilada por el castillo medieval en uno de sus extremos.

Se encuentra en uno de los parajes más pintorescos de la comarca seguntina, una Alcarria de suaves pliegues, rotos solamente por la cercanía de los montes que la rodean a poniente. Se llega desde la capital por la A-2, a unos 70 km de distancia, y muy próximo a Sigüenza, hay que dirigirse por la carretera de Atienza donde se encuentra el desvío a la izquierda.

Los asentamientos prehistóricos de la zona, como se ha podido comprobar en las excavaciones realizadas en Olmeda de Jadraque, Pozancos y Ures, hacen posible datar la existencia de Palazuelos y de toda la comarca ya en la prehistoria. Su evolución histórica, según cita Arroyo, continúa con el hallazgo por el marqués de Cerralbo a principios del siglo pasado de algunos restos en los cerros cercanos de Palazuelos, Carabias, y el castro encontrado en Riosalido, entre otros, de origen celtibérico de los siglos VIII-VII a.C. Esta zona fue ocupada en gran parte por los arévacos, tribus que llegaron desde el centro y este de Europa por los Pirineos y que se asentaron en la península hasta la llegada de los romanos. Su origen celtibérico deja constancia de la importancia de estas tierras para las tribus, que se instalaron durante los siglos VIII-V a.C. en esta zona, donde se han llegado a contabilizar varios núcleos de conexión muy cercanos: Carabias, Guijosa y Riosalido.

Durante la romanización de la zona hasta la Edad Media apenas hay información, tan sólo unas tumbas localizadas en el Altillo de la Horca, próximo a Palazuelos, donde se encontraron ajuares de época visigoda. Pero será a partir de la reconquista de las tierras llamadas de la Marca Media, cuando se empiezan a repoblar estos pequeños núcleos y a documentarse su historia. La importancia de la conquista de Toledo por el monarca castellano Alfonso VI en el año 1085 propicia que se ponga en marcha el proceso repoblador en la Alcarria durante los siglos XII y XIII.

Tras la toma de Atienza y la concesión de su fuero en 1149, se empiezan a constituir los comunes de Villa y Tierra, cuyo objetivo era un mayor control de las tierras por parte de las cabezas de jurisdicción; en este caso Palazuelos dependía de Atienza al inicio de su surgimiento como población. Durante los siglos posteriores, la importancia del núcleo irá creciendo, y será el monarca Alfonso X el Sabio el primero que se interese por la compra de este enclave para luego donarlo a su amante, doña Mayor Guillén de Guzmán. La misma lo legó a su hija doña Beatriz, a posteriori reina de Portugal, y por heredad a su descendiente, doña Blanca, quien fue abadesa del monasterio de las Huelgas, en Burgos. El hecho de que doña Blanca terminase su vida recluida en el monasterio hizo que tuviera que vender sus bienes heredados, entre ellos el núcleo de Palazuelos, que fue vendido al infante don Pedro a principios del siglo XIV, y éste a su vez lo vendió al prelado seguntino don Simón Girón, dato reflejado en el archivo diocesano de Sigüenza y publicado por el obispo Minguella en su obra *Historia de la Diócesis*, en la que se confirma por parte de Alfonso XI la venta en el año 1314. Durante gran parte del siglo XIV pertenece, pues, la aldea al Señorío Episcopal de Sigüenza.

La importancia que tendría durante el Renacimiento la familia de los Mendoza hizo posible que fuesen adquiriendo en propiedad numerosas tierras y aldeas por toda la Alcarria. Así pues, Palazuelos forma parte de su señorío, como ya lo encontramos en el siglo XV en manos

del primer Marqués de Santillana, don Íñigo López de Mendoza, figura clave en el devenir histórico de la villa. Fue este personaje quien mandó levantar una muralla en torno al núcleo, culminando su defensa con la construcción de un castillo en uno de sus bordes como elemento defensivo de primer orden. Obra que llegó a terminarse por medio de su hijo, don Pedro Hurtado. Hasta la abolición de los señoríos en el siglo XIX la villa estuvo ligada a la casa mendocina. Ya en el siglo XX, su importancia como núcleo de primer orden fue decreciendo hasta llegar a formar parte de un núcleo casi despoblado y como pedanía de Sigüenza.

Uno de los elementos más importantes dentro de la historia de la fundación como villa de Palazuelos es sin duda el recinto defensivo y el castillo. La muralla que encierra la villa es uno de los pocos ejemplos de la arquitectura civil de siglo XV que pueden encontrarse hoy en día en España tan bien conservados. El cinturón amurallado cubre una longitud de más de 1 km, y a lo largo de él podemos observar cómo algunas viviendas aprovecharon sus muros como medianería.

La fábrica de su edificación es la típica medieval, los lienzos se construyen con sillarejo y argamasa, entre cada lienzo se dispone un cubo o torreón semicircular, adosado a la muralla con saeteras en su base. Cuatro son las puertas de entrada al recinto amurallado, de las que sólo tres se realizan mediante doble portalón, entre ellas la principal de entrada, la Puerta del Cercado, que servía de defensa. Las otras dos se sitúan al Sur y a poniente, son la Puerta de la Villa y la Puerta del Monte, esta última situada en la cota más alta. En el extremo norte de la muralla se alza el castillo, que debía cerrar el conjunto amurallado para su mejor defensa.

Fue mandando construir hacia 1454 por don Íñigo López de Mendoza y acabado, como ya se ha dicho, por su hijo don Pedro Hurtado y su mujer doña Juana de Valencia, cuyos escudos señoriales se exhiben en el frontal de la puerta principal de la muralla. Don Íñigo también mandó construir la fortaleza cercana de Guijosa. Para su construcción encargó la obra al afamado arquitecto español de la época don Juan Guas, quien también trabajó en el monasterio de San Juan de los Reyes de Toledo, en el Palacio del Infantado de Guadalajara y en otros castillos, como el de Jadraque y Manzanares el Real de Madrid.

La fortaleza de Palazuelos consta, según los planos de Layna Serrano, de un doble recinto: el primero formado por una torre defensiva de planta cuadrada con cubos en las esquinas a la que se le añade la torre del homenaje. Rodea esta torre otro de altos paramentos ajustado a la muralla. La heredad de esta fortificación, una vez terminada, pasó a manos de los hijos del Cardenal Mendoza, de ellos a los Duques de Pastrana, para terminar en el Ducado del Infantado. Durante el siglo XIX la fortaleza cayó en manos de las tropas napoleónicas, que saquearon el pueblo y lo destruyeron parcialmente hasta que fueron expulsados por las tropas del guerrillero Juan el Empecinado. Tras su declaración como Monumento Nacional a principios del siglo XX, el castillo ha sufrido diversas actuaciones de restauración. En la actualidad permanece en manos privadas.

Iglesia de San Juan Bautista

LA IGLESIA se encuentra en la parte occidental del núcleo, en la plaza de la fuente, cercana a una de las puertas de acceso al recinto amurallado, la llamada puerta de la Villa. Su construcción original se fecha hacia el siglo XIII; es, por tanto, de reminiscencias románicas aunque de ello pocas son las pruebas que nos ha dejado el devenir del templo románico, pues las diversas reformas,

tanto del siglo XVI como del XVII, modificaron su planta primitiva. La traza original se aprecia bien, tanto por sus dimensiones como por su tipología, siguiendo el modelo del señorío episcopal seguntino que marcaba las pautas de realización de estos pequeños y austeros templos al inicio de la repoblación de la Marca Media en la sierra norte alcarreña. Es decir, iglesias de una sola nave orientada

hacia el Este, con espadaña a los pies, ábside semicircular sustituido por una cabecera plana, y con un sencillo pórtico sin excesiva decoración, al mediodía.

Es en la panda sur donde se encuentra el pórtico, elemento diferenciador del templo que nos permite datarlo en época románica. Se trata de una portada cobijada bajo un sencillo tejeroz que la resguarda de las inclemencias del tiempo. De un vano semicircular de medio punto, con tres arquivoltas en degradación, también de medio punto. Es una traza muy simple sin apenas decoración, similar a otras como Carabias y Pozancos. Las arquivoltas son de arista redondeada, excepto la interior, que es lisa y dovelada. La exterior encuadra el resto con una moldura plana que la recoge hacia la cornisa. Las arquivoltas descansan sobre una jamba lisa, en el interior, y en columnas, las exteriores, aunque están desaparecidas, pero se supone que debieron de tener capiteles de decoración foliácea, como los encontrados en las iglesias cercanas ya citadas.

Se aprecia al exterior, en el muro sur, los aspillerados vanos cegados y el cambio de fábrica en la parte inferior, con sillares, respecto a la superior, construida con mampostería, lo que nos indica el cambio de estilos desde la época primitiva a la última modificación en el siglo XVII. La altura actual no se corresponde por tanto, con la original, que era de dimensiones más reducidas. Remata la altura actual una cornisa, que recorre tanto la nave como la cabecera, de canecillos lisos de igual factura, de la época de la ampliación, ya que no se han encontrado restos de canecillos reutilizados de la época románica. Tan sólo quedan evidencias de la cornisa y canecillos primitivos en los laterales del muro de la espadaña, lo que nos permite aclarar que esa altura fue la original de la nave y desde donde se realizó la elevación.

La espadaña, situada a los pies, también fue modificada y elevada junto con la nave. Consta de dos cuerpos, el inferior de mampostería con refuerzo de sillar en las esqui-

Vista sur de la iglesia





Muro norte



Portada sur

nas, y el superior de sillar, con dos huecos de medio punto para las campanas. Corona la estructura actual un pequeño cuerpo añadido para campanil.

Será a partir del siglo XVI cuando el templo sufra las primeras modificaciones que van a tener lugar, como ocurre en Guijosa o en Pozancos, cuya similitud es patente. Parece ser que el cardenal Carvajal, obispo de Sigüenza a finales del siglo XV, y su visitador, Ignacio de Collantes, impulsaron la renovación de las anticuadas iglesias del obispado repartidas por un amplio territorio en torno a la ciudad mitrada. Según Arroyo, el mandato del citado visitador pudo tomarse en cuenta en la iglesia de Palazuelos a la hora de modificar su planta:

Lo segundo, que se faga un gentil arco bien alto e abierto entre el coro e cuerpo de la yglesia de gentil piedra labrada para que se vea todo el coro, e que los altares menores se encaxen en el grueso de las paredes de los lados fuera de dicho arco en sendos arquillos de gentil fechura.

Al interior, la iglesia es de una sola nave, reformada en los primeros años del siglo XVI, y presenta una cubierta de artesanado de madera. Los paramentos interiores aparecen lisos y sólo salpicados por algún retablo barroco encastrado en el grosor de los muros norte y sur. El paso de la nave a la cabecera se resuelve mediante un arco triunfal de medio punto muy amplio, de época de la ampliación y del gusto renacentista, según directrices del episcopado; como recoge la anterior cita: *que se faga un gentil arco bien alto e abierto entre el coro e cuerpo de la iglesia.* El arco descansa sobre gruesas pilastras a las que se le adosan columnas con capitel decorado con bolas de gusto renacentista, como aparece en los altares de los muros laterales.

La cabecera, de planta cuadrada, se cubre con artesanado de madera que se instala para acoger en el altar mayor un retablo de la época barroca cuando tiene lugar la segunda ampliación. Según Arroyo, el retablo debió de colocarse hacia el año 1717, por lo tanto para esa fecha ya debía de haberse elevado el cuerpo de la cabecera a mayor altura para albergarlo. De grandes proporciones, destaca por sus imponentes columnas salomónicas que dividen el retablo en tres calles, situando las tablas en los laterales y las tallas escultóricas en el centro. La más importante es la de San Miguel.

A los pies de la iglesia se localiza el coro alto, sin mayor importancia que la de albergar en la parte inferior la pila bautismal, que tiene características acordes con la primera época de la ampliación, con fuste cuadrado y alto que recoge una copa de pequeñas dimensiones decorada con bandas horizontales de gusto renacentista.

Texto: EJM - Fotos: EJM/ABFM

Bibliografía

ARROYO APARICIO, F., 1999, pp. 209-215; AZCÁRATE RISTORI, J. M. de, 1983, II, pp. 27-29; BLÁZQUEZ GARBAJOSA, A., 1988, pp. 49-58; HERRERA CASADO, A., 1989, pp. 556-559; HERRERA CASADO, A., 1994, p. 110; LAYNA SERRANO, F., 1933 (1994), pp. 47-54; LÓPEZ MERLO, F. M. O., 2007, p. 80; MADOZ, P., 1845-1850 (1987), II, p. 207; MIÑANO, S. de, 1826 (2001), II, p. 452; NIETO TABERNÉ, T., ALEGRE CARVAJAL, E. y EMBID GARCÍA, M. A., 1991, pp. 369-372; RANZ YUBERO, J. A., 2007, p. 121; SERRANO BELINCHÓN, J., 2004, p. 298.